

# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Los adelantos del siglo.



—Ahora me adelanto pian pianito, los cojo de frente, hago *chas*, y quedan en la placa en esa postura. ¡A ver si ella es capaz de negármelo á la noche, como ha hecho otras veces!

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Ascensión, por Eduardo Bustillo.—Ahora es inútil, por Luis de Ansorena.—Á mi nieta, por Juan Pérez Zabiga.—El Perdígón, por Angel R. Cuervo.—Amorosas, por Sinesio Delgado.—Frustrerías, por Alberto Casañal Shakerly.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Los adelantos del siglo.—En la fotografía.—Exposiciones (cinco viñetas).—El Perdígón (cuatro viñetas).—España Cómica: Gerona, por Cilla.



## DE TODO UN POCO

Ya funcionan las Cortes; ya hemos disfrutado de la primera bronca de la temporada, y no será la última, seguramente.

Entre gran número de personas existe la creencia de que lo único serio que hay en este país es la política; y á nosotros, los que no nos preocupamos de la actitud de Silvela ni del dis-

curso de la corona, se nos tiene por hombres superficiales, sin pizca de formalidad ni asomos de circunspección.

En cambio, los políticos se reúnen todas las tardes para decirse insolencias y entrar en pequeñeces ridículas y poner de manifiesto las interioridades de los partidos, y demostrar al país que no hay nada más superficial ni más cursi que la política, tal cual la entienden nuestros oradores parlamentarios.

Á mí me parece mucho más serio Pierantoni, el *clown* de feliz recuerdo, que educa un burro para ganarse la vida decorosamente, que Calínez, el *leader* de la mayoría, cuando se yerque con afectada solemnidad y pronuncia un discurso en pro de los prestigios de la Hacienda pública.

Calínez no cree en la Hacienda ni siente nada de lo que dice, y Pierantoni, en cambio, cree en su apreciable borrico, y al llamarle *«oh mio figlio adoratto»* expresa con sinceridad todo lo que tiene en el alma.

\* \*

Ahora, con motivo de la nueva legislatura, volverán á salir á la superficie muchos hombres políticos que han permanecido envueltos en la sombra durante algunos meses.

Pronto leeremos que el Sr. Ronzal pronunciará un discurso, que el Sr. Baticola está en desacuerdo con la mayoría y que el Sr. Cabezada se propone realizar un acto; cosas todas que maldita la importancia que tienen, pero que producen grata impresión en el seno de las familias respectivas.

Sin el dulce pretexto de las luchas parlamentarias, no saldrían nunca del santuario del hogar doméstico muchos seres insignificantes.

Hay quien se ha pasado los mejores días de su juventud persiguiendo el ideal de que le conociera el país, y primero se hizo poeta de secano, de esos que escriben en los abanicos, después autor cómico en un acto y varias pateaduras, y por último, diputado de la mayoría, con gabán saeo y botines.

Desde aquel punto y hora los periódicos comenzaron á citar su apellido, y hoy es uno de los sujetos más nombrados, porque va á una confitería, por ejemplo, á encargar un ramillete para el día de Santa Práxedes, y en cuanto pronuncia su nombre ya está diciendo el comerciante en almíbar:

—¡Ah, sí! D. Fulano... lo he oído nombrar.

—¿Ma conoce usted?

—¡Naturalmente! Usted es diputado, ¿verdad? Usted es uno que sale siempre en los periódicos y dice ¡Bien, bien! en las sesiones.

—El mismo. Ya veo que lee usted con aprovechamiento la prensa.

\* \*

Lo que hay es que llega una disolución de Cortes, la gente se olvida en absoluto del diputado, y el pobre tiene que sufrir todo género de decepciones, como le pasó á cierto representante del país, de la pasada legislatura, que iba á limpiarse las botas al salón de Manuel, el de la calle del Príncipe, y notaba con regocijo que le recibían respetuosamente y hasta le adlaban.

—¡Qué popularidad la mía!—exclamaba él, lleno de orgullo.

—¿Quiere usted mate ó brillo?—le preguntaba siempre el limpiabotas, haciendo una reverencia.

—Mate.

Y el hombre colocaba los pies sobre los banquillos con la prosopopeya de un archiduque austriaco, y decía para sí:

—¡Qué popularidad la mía! ¡No hay como ser diputado para que le conozcan á uno!

Pero una tarde le dijo el limpiabotas:

—¿Conque ya se han acabado las funciones?

—¿Qué funciones?

—Las del Español.

—No sé nada.

—¿Cómo? ¿Ya no está usted allí?

—¿En dónde?

—¡Pero no es usted uno que salía de estatua del Comendador en el Tenorio?

Desde entonces, el infeliz se limpia las botas con sus propios cepillos y con la saliva de su pertenencia.

\* \*

Por eso conviene mucho que estén las Cortes abiertas y que los periódicos den cuenta de las luchas parlamentarias con pelos y señales. Tampoco estaría de más que se consignaran las señas de los diputados, en esta ó parecida forma:

«Levantóse á defender su proposición el Sr. Martínez, que es una persona bastante bien parecida, de ojos azules, barba rala y nariz aguilena. Tiene un orzuelo crónico en el ojo derecho que le molesta bastante. Vestía ayer un terno de vicuña color de tórtola y ostentaba un ramito de yerbaluisa en el ojal. El Sr. Martínez es una de las personas más aseadas que se sientan en aquellos bancos; un día sí y otro no, se lava los pies en un barreño.»

Para que no se olviden los nombres de las personas serias que se dedican á la política sería necesario que los periódicos repitiesen los apellidos durante la clausura de las Cortes. Mientras éstas funcionan todo va bien; pero llega la suspensión de las sesiones, y nadie vuelve á acordarse del Sr. Calínez, ni del Sr. Michigánez, ni del Sr. Besuguíniguez.

Reformese, pues, la costumbre, y no se dará el caso de aquel representante del país que fué á encargarse un hongo; pidióle el nombre el sombrero, diósele el diputado, y replicó aquél, con la mayor tranquilidad del mundo:

—Debo advertirle que hay que pagar adelantado.

—Pero ¿no me conoce usted?

—No, señor.

—Soy Torres...

—¿Torres? ¡Ah, sí! ¡El hermano del Bombita?... Haberlo dicho antes. Llévase usted el hongo.

Luis Taboada.

\* \*

## Ascensión.

Los padres que tengan hijas oigan esta relación, romance de un pobre ciego que, de ver tanto, cegó.

Hija única y, por única, criada con mucho amor, en su familia fué reina la encantadora Ascensión.

Inspiráronla en su infancia el santo temor de Dios; mas, dejando á su capricho la fatal dominación,

sus caprichos fueron leyes que el débil padre acató, y, ya mujer, fué tirana, tal vez dulce, pero atroz.

Por allá el padre, aunque rico, al día siempre vivió, y eso, en quien familia tiene, es no tener previsión.

Pudo la chica casarse con algún hombre de pro; mas miedo al lujo infundía si la hermosa pasión.

Hicérfana al fin, la tirana sola y sin cetro se vió; su única herencia, sus trapos y joyas de algún valor.

Y, como el trabajo no era parte de su educación, ni servir para sí misma su orgullo la consistió.

En ocasiones como ésa siempre halla el diablo ocasión, y á un vicioso viejo y rico tirana en la virgen dió.

Grande fué la tiranía y el viejo esclavo, ladrón; que á la flor roba hermosura la baba del caracol.

Luego la hermosa en menguante dióse á un judío feroz, que avaro, hasta de las letras, llamó á su amada Sión.

Pronto salió de su avaro y en manos sucias cayó de quien, por ella, robaba las rentas de la nación.

Por cómplice la tuvieron cuando el desfalco se halló, y libróse del presidio por milagro, y no de Dios.

Sedujo á un mal escribano y él la desempapeló, dejándola en manos luego de más baja estimación.

Que á la que brillo y altura da en buscar, del vicio en pos, caer pronto y rodar mucho siempre en el mundo se vió.

Y así, paso á paso, vino tan abajo la Ascensión, que aquí á decir no me atrevo hasta donde descendió.

Eduardo Bustillo.

## EN LA FOTOGRAFÍA



—Usted así, apoyado en el hombro de la señora y con el puro en la mano, y usted mirándole lánguidamente, para que se conozca que son ustedes recién casados.

—¡Si no somos recién casados! ¡Si yo no soy más que un amigo del marido de ésta!

## Ahora es inútil.

No vuelvas otra vez á mi presencia.  
No animas la pasión que está extinguida;  
el único placer que hay en mi vida  
es la calma que da la indiferencia.  
Razón tienes... Te he amado como un loco,  
pero la que era ayer sangrienta herida  
se fué cicatrizando poco á poco;  
y hoy sólo queda del dolor pasado  
la piel del corazón encallecida  
por el hierro candente que he aplicado.  
Me pareció imposible que pudiera  
sujetar un afán que en sí llevaba  
el instinto salvaje de una fiera,  
y, al pensar en lo mucho que te amaba,  
—¡En vano, dije, el corazón espera!

Así lo pide mi contraria suerte:  
un amor tan inmenso nunca acaba  
más que de una manera: ¡con la muerte!  
¡Qué loco, qué inocente!... ¡No sabía  
que pasa el tiempo y la pasión enfriá,  
que, al fin, el llanto en risa se convierte,  
y de un modo insensible y misterioso,  
sin poner en la lucha gran empeño,  
se ve el amor pasado tan borroso,  
tan escondido en sombras como un sueño!

¿Crees acaso que la horrible afrenta  
que hiciste á aquel amor que te tenía  
sua me hace maldecir y me atormentar?...  
¡No... no me asombraría  
que tú lo imaginaras de este modo,  
pues la mujer hermosa se figura  
que, al cabo, llega á dominarlo todo  
con la magia no más de su hermosura!  
¡Error! Sumido en apacible calma,  
al yugo de la carne no me entrego...  
¡Soy lo mismo que el ciego,  
y busco las bellezas en el alma!  
Allí encuentro la luz, la poesía,  
sin temor que mi dicha se envenene  
con la traición que entre la sombra espía...  
la magia del color... Pues qué, ¿tú ignoras  
que su color el sentimiento tiene?...  
Allí encuentro las líneas seductoras  
que acaso soñó el genio y que no pudo  
copiar después su mano  
por vedárselo Dios... ¡y allí no dudo  
ni siento lo acre del amor humano!  
¡Allí mi corazón palpita y ama!  
Y ahora tú solicitas... ¡qué locura!  
que aparte de este hermoso panorama  
mis ojos y los fije en tu hermosura!  
Vete, pobre mujer, que ya no hay huella  
de aquel amor profundo...  
¿No ves que, por vivir en otro mundo,  
no me pareces, como entonces, bella?...  
Déjame, pues, en mi tranquila calma...  
Al yugo de la carne no me entrego...  
No me atrae lo exterior... ¡Soy como el ciego  
que busca las bellezas en el alma!

Luis de Anorena.

## A mi nieta.

Nietecilla de mi vida,  
nietecilla idolatrada,  
que aunque tienes ya tres años  
sólo dices «papas» y «mamas»;

tú, la de los ojos grandes,  
la de la tez nacarada,  
la de las frescas mejillas  
de color de remolacha,

¡feliz tú, que en el regazo  
de la hija de mis entrañas  
sin quebrantos y sin penas  
tu dura existencia pasas!

¡Dichosa tú, que aunque en torno  
de tu figura simpática  
surgen las contrariedades  
y mueren las esperanzas,

ni te cuidas de las pompas  
y vanidades mundanas,  
ni sufres, ni te conmueves,  
ni te das cuenta de nada!

¿Que tiene tu abuelo gaita?  
¿Que están sus fondos en baja?  
Te es igual verme arrainado  
que nadando en la abundancia.

Ha tres años te trajeron  
de París empaquetada,  
según dice quien lo sabe  
(pues yo no sé una palabra),

y en los tres años que tienes,  
¡qué buena existencia arrastras  
vestida con ricos trajes  
y por tu madre mimada!

Tú, que una salud demuestras  
que el ser más fuerte envidiara,  
puesto que ni un solo día  
el médico te ha hecho falta;

tú, que no tienes caprichos,  
tú, que no estás enterada  
de lo que es prosa en la vida  
ni lo que es hiel en el alma;

tú, que adviertes impasible  
que se disputan tus gracias  
mis hijos y aun yo y tu abuela,  
que hasta te viste y te calza;

tú, que tienes por costumbre  
no dormir cuando descansas,  
pues aunque cierras los ojos  
lo debes á la mecánica,

un solo favor te pido,  
nietecilla de mi alma,  
y es favor que me interesa  
de manera extraordinaria.

Del regazo de mi niña  
no te escurras y te caigas,  
pues si la crisma te rompes  
y tus goznes se desartan,

y echando serrín tu vientre  
te quedas desocupada,  
me vas á dar un disgusto,  
¡oh nieta de mis entrañas!

pues tendré que comprar otra,  
otra que tus veces haga,  
¡y una nieta decentita  
cuesta un ojo de la cara!

Juan Pérez Zúñiga.

# EXPOSICIONES



—¡Sesenta mil pesetas por un retrato de señora! Y eso sin saber si está ó no está parecido. ¡Conque si se supiera!



—¿Qué representa eso?  
 —Unos guardias que han cogido á uno poniendo una bomba de dinamita.  
 —Y ¿por qué le sueltan?  
 —No sé. Se conoce que ha dicho que es súbdito norteamericano.



—He pintado un estanque bueno y barato, y por la orilla izquierda se asoma un pato. Pero es lo grave que hasta yo mismo dudo si es pez ó es ave.



—Este estipendiado me convenía para que mi mujer se diera tono cuando recibe á las de Verdugullo. Pero lo van á dudar, porque no tiene aire de familia.

—Todos los cuadros debían ser como ésta. ¡Mujeres desnudas! Porque montes y mares los está uno viendo todos los días, pero chicas como la presentada... ¡ay! una vez cada dos años, y gracias.



## El Perdígón.

### I

Aquella industria se perdió por completo, y no hay quien me quite de la cabeza que con ella desapareció la fiera independencia que fué el carácter más distintivo de nuestro pueblo.

Porque la grasienta caña que servía de engarce á unas cuantas docenas de buñuelos, que era el solo artefacto que se necesitaba para ejercer la industria á que me refiero, representaba una vida libre, sin sujeción á servidumbre de ninguna especie, y el que se educaba en tal atmósfera, al llegar á hombre, se hubiera asfixiado bajo cualquier traba, ya fuera ésta política ó social.

El *Perdígón* no vivía de otra cosa, es decir, vivía de otras muchas más, como, por ejemplo, del rancho sobrante de los cuarteles; pero lo que le producía, no para sus primeras necesidades, sino para sus lujos, para sus vicios, si se quiere llamarlos así, era el comercio de aquella aceitosa golosina que pregonaba *¡d chaavol!* por las calles de la villa apenas salía el sol.

Porque la venta que hacía al mismo ínfimo precio de *los hijos* el día en que se sorteaba la *lotería vieja*, el que alguna vez que otra sus recursos le permitían echar un veinticinco de *La Correspondencia Autógrafa*, ó unas hojas de la *Gaceta extraordinaria*, eran cosas accidentales, que sólo le servían para lanzar una cana al aire.

Es decir, cana no. ¿Qué canas podía tener el *Perdígón*, cuando sólo contaba once años, según los cálculos probables, porque en punto á documentación estaba tan desprovisto de ella como de antecedentes genealógicos?

Y era guapo, ¡vaya si era guapo! Si de otra manera que rapándose á trasquilones y á punta de tijera aquella cabellera rubia y rizosa, que no diputaban por tal más que unos mechoncillos que le caracoleaban sobre la frente, hubiera cuidado su cabeza redonda y bien cortada; si no hubiera sido tan avaro del agua, que sólo la del cielo empleaba para lavar sus tersas y rojas mejillas, y si de otras más airosas prendas que el harapo que hacía pasar por camisa, y el pantalón de militar que, doblado y redoblado por abajo y sujeto por arriba con una cuerda cruzada en bandolera que representaba el oficio de tirante, se hubiera engalanado, por jurar estoy que hubiera pasado, y no sin razón, por retoño de los que más gallardos y espigados árboles prometen.

Casi á asegurar me atrevo que no lo prometía, sino que lo daba ya. Los once años que se contaban al *Perdígón* podían pasar por quince tan cumplidos, que el mozo en lo físico, y hasta en lo moral si se me apura, era un hombre hecho y derecho.

### II

Y como hombre, no como chiquillo, estaba enamorado hasta las cejas de otra mozueta un poco mayor que él y que, no dotada de más desahogada posición, vendía *mixtos* de Cascañete, en las Cuatro Calles unas veces, y delante del *Café Suizo* otras.

La chicuela, que no era tampoco costal de paja, no se mostraba sorda á las insinuaciones del *Perdígón*, y hasta, si no favores más tangibles, promesas le había hecho que permitían á nuestro héroe tener por suya y exclusivamente suya aquella hembra que, aunque un poco rechoncha y no mejor trajeada que él, podía enorgullecer á cualquiera á quien miraran con ternura los ojos más picarescos y retozones que se pasearon en la extensión que media desde las *Vistillas* de San Francisco á *Maravillas*, que es el trozo de la tierra más fecundo en ojos de tal jaez.

Lo malo era que no faltaban *sibbantos* que, fijándose en la fosforera, la asediaban de tal modo á requiebros y llegaban á hacerla tan crudas promesas en las mismas narices—que barbas aun ni asomes de ellas tenía—del *Perdígón*, que no sólo éste se ponía verde de coraje, sino que á veces veía vacilar la no muy segura virtud del objeto de su adoración.

La ambición, la pícara ambición fué la que empezó á roer el alma del vendedor de los *calentitos á chavo*, al par que los celos. Si él dispusiera de un puñado de pesetas para comprar aquellos brillantes de que se llenaban la boca los lechuguinos, cuando hacían creer á la fosforerilla que si ella quisiera la empedrarían de pies á cabeza, seguro estaba de que ella los miraría con el mismo asco que él sentía por aquellos *esmirriados*.



Pero el ver que todo sucedía al contrario le desesperaba. De nada servía que renunciara á tomarse unas copas de *peñasco*, que era su pasión, y que en vez de fumarse *sibaríticamente*

las colillas que aquellos mismos lechuguinos arrojaban, las vendiera en el Rastro. Con todas aquellas privaciones apenas reunía al cabo de la semana unos *maís*, con los que no compraría ni unos pendientes de similor á su ya presuntuosilla Dulcinea.

## III

Un día lo oyó claramente. Un señorito á quien no acertaba si como título ó como apodo llamaban sus amigos el Marquesito, pero que él sabía de buena tinta que era más jugador que Carracuca y más perdido que Perico Manguela, hablando con la fosforerilla, se ofreció á comprarla aquella tarde misma una cruz de oro y piedras finas que había en una de las joyerías de la Carrera de San Jerónimo, y que debía valer un *sin fin de miles*.



Y la chiquilla, que le escuchaba con los ojos encandilados por la codicia, lejos de mandarle, como otras veces á escardar cebollinos, le sonrió como diciéndole: «Como usted haga eso, no hay más que hablar».

La primera idea del *Perdigón* fué *comerse* al silbante; para ello acarició ya la navajilla que llevaba en el único bolsillo entero que conservaba su pantalón de húsar de Pavia. Pero pronto desistió.

No era por ahí por donde debía empezar; para eso había tiempo. Antes era preciso humillar al pisaverde, probándole que él, desarrapado, con los pies descalzos y sin más patrimonio que su mugrienta caña, era también capaz de hacer regalos de aquella valía á la que merecía, no aquella cruz, sino los estados del emperador de la China.

La mirada que al echar calle abajo dirigió á la fosforerilla, con quien ni siquiera cruzó la palabra, estaba iluminada por tan sombríos relámpagos, que ésta, á pesar del deslumbramiento que las promesas del Marquesito la producían, no pudo menos de palidecer.



## IV

Media hora después, el *Perdigón* entraba por la angostura de la calle de Sevilla á todo correr, llevando en pos de sus huellas dos *quindillas* que le acosaban con el tradicional *¡á ese, á ese!*

A Dios gracias, el chicleto tenía piernas sobrado ágiles para no temer que, en mucho tiempo por lo menos, le dieran alcance sus perseguidores.

Sin embargo, al llegar delante del Suizo, se detuvo ante el grupo que formaban todavía la fosforerilla y el Marquesito.

—¡A cada cual lo suyo!—gritó con voz jadeante por la fatiga.

Y rápido como el rayo, dejó caer á los pies de la mozuela un estuche forrado de terciopelo, mientras hundía la navaja en el costado de su rival.

Un momento después, fuertemente maniatado, era conducido al Principal, de donde no tardaría en salir para el Salladero.

¡Y poco que se reía la fosforerilla cuando, algunos años después, cuajada de joyas, si no mejor ganadas, menos al alcance de la justicia humana que la famosa cruz, contaba á sus amigos los *romanticismos* de su primer amante!

Angel R. Chaves.

## Amorosas.

No hay tormento tan grande como el mío.  
Cuando, seguro de triunfar, confío  
en que me es fácil alcanzarlo todo,  
con la idea me basta; y de ese modo,  
sin gustar el placer, me da el hastío.

Despertar á una mujer  
del sueño de la inocencia  
es un cargo de conciencia  
que no quisiera tener.

El amor verdadero es la delicia  
que llega alguna vez al paroxismo.  
Pero... ya va cundiendo la noticia  
de que, bien imitado, da lo mismo.

Muchos van tras un tesoro  
de doradas ilusiones,  
y encuentran, en vez del oro,  
cartuchos de perdigones.

Me quiso de tal modo Estefanía  
que me guardó fidelidad un día.

Sinesio Delgado.

## Frustrerías.

No me has dicho «te quiero» todavía  
y de tu amor no dudo. Dudaría  
si á menudo dijeras que me quieres,  
pues sólo cuando callan, vida mía,  
se les puede creer á las mujeres.

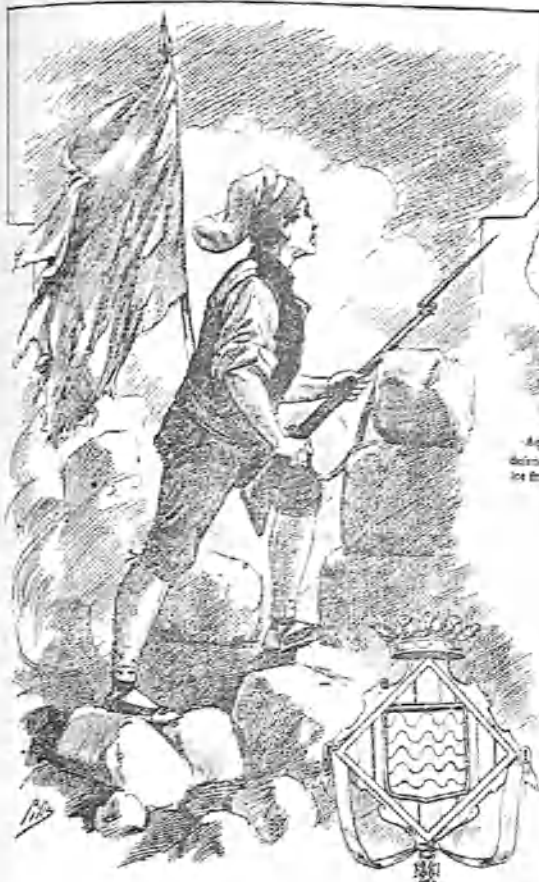
La mujer apasionada  
que besa por vez primera,  
por la pasión arrastrada,  
da el beso de tal manera  
que el galanteador travieso,  
que á otras ha besado ya,  
nota á escape que aquel beso  
es el primero que da.

—¿Por qué ayer me dijiste que me amabas,  
si nunca me has amado?  
le preguntó á Inocencia Doroteo,  
y ella le respondió:—¡Por decir algo!

Dices que la mujer apasionada  
que á su amante se entrega  
merece ser por todos perdonada,  
porque el amor, á veces, mata y ciega.  
Si eso me pruebas, de mi error desisto  
y á darte la razón voy en seguida.  
Pero antes de probarlo, dime: ¿has visto  
alguna pecadora arrepentida?

Alberto Casañal Shaker.

ESPAÑA CÓMICA.



GÉRONA



Aquí hay un pecho para defender la ciudad si vuelven los franceses.



Del Arsenál.



—¿Qué, qué, qué, qué...  
—¿Qué qué?  
—¿Qué, qué, qué?



Tocada de nina.



Un muelle porta á la muralla.



Saludemos á este diácono representante de una raza de héroes.



Trabajó los seis días de la semana, y en llegando el domingo hace la paza.



Vendedora de verduras.



—¿Te acuerdas de Alvarez?  
—¿Te lo creo! ¿Qué figura á caballo!



Los aporricos de la Rambla de la Libertad.

CHISMES Y CUENTOS.

No se puede ser político de café, porque ni se sabe ni se entiende nada de nada.

Por ejemplo, yo he vuelto ahora á estar preocupado con Maceo y la trocha de Mariel-Artemisa y no hay modo humano de sacarme de mi preocupación. Porque, vamos á ver: ¿para qué se hizo eso de la trocha? Para encerrar á Maceo en la provincia de Pinar del Río y cazarle con más facilidad. ¿No es eso?

Bueno, pues ¿por qué no se le caza?

¿Es que anda con sus ocho ó diez mil hombres huyendo incesantemente de aquí para allá y no hay modo de darle alcance?

No, señor; que hace muchas semanas que, según los partes, tiene *domicilio* fijo, acampa tranquilamente en una vasta extensión de terreno, y... de allí no hay quien le eche.

Bien, pues ¿para qué sirve la trocha?

¿Para encerrar á uno que no quiere salir de ninguna manera?

Tampoco entiendo lo de los indultos, y Dios me lo perdone.

Llevamos año y medio abriendo nuestros amorosos brazos á los hijos ingratos á la patria, tratando con mimo á los que se presentan... á descansar de la ruda labor de desingrarnos lentamente, haciendo la vista gorda ante los incendios, asesinatos y demás barbaridades de los insurrectos y... ya se ve el pelo que hemos echado.

Sin embargo de lo cual, todavía no se nos ha ocurrido variar de sistema y sigue la prensa pidiendo clemencia para los acogidos á indulto, reformas amplias para las provincias levantadas en armas y otra porción de golferías por el estilo.

¿Qué indultos, ni qué reformas, ni qué gallo muerto!

En este punto *estoy* con un señor militar que ha escrito una carta á *La Correspondencia* abogando por el método del estacazo limpio, único sistema de represión que ha dado y dará siempre resultados prácticos.

Y que es el que hubiera empleado otra nación cualquiera... que no tuviera tanto miedo á los Estados Unidos.

Se ha hablado algo, aunque poco relativamente, del envío á New-York de los muebles del representante de la república norteamericana.

Hay candorosas avetillas que han fingido crear la explicación oficial del caso, y dicen que no hay motivo de alarma en eso, pues se trata de asuntos particulares que obligan á la familia de Mr. Taylor á trasladarse á su país por una temporada.

Y se traslada llevando los muebles... Mudanza que coincide con los aprestos militares de la Florida, de que todo el mundo se entera menos nosotros.

Pero se conoce que aquellos son también asuntos particulares en que no debemos inmiscuirnos.

Ya saben ustedes lo que le ha pasado al insigne Echegaray con su drama *Amor salvaje*, vertido al italiano y representado por la compañía de Novelli.

Los críticos, al tratar de disculpar el fracaso, indican la posibilidad de que el inteligente público no lo haya entendido porque no domina el idioma de modo suficiente para hacerse cargo...

Pero hay que advertir que ese mismo público sale entusiasmadísimo todas las noches de la bondad de las obras y de la maravillosa perfección con que se representan.

Y se chupó los dedos con una comedia que se titula *La ría de Carlo*, en la cual el eminente actor Sr. Novelli hace durante tres actos el papel de tía de un compañero de hospedaje para dar la castaña al eterno tío que viene de América.

Pongamos que ese argumento se le ocurre á un autor español, que se estrena en castellano y que el no menos eminente actor Sr. Mario sale, en el propio Teatro de la Comedia, á hacer creer á Balaguer que es *el carnal* de Thullier, y me deju yo cortar ésta si el respetable senado no inundó el escenario de butacas.

Hemos llegado al acabóse.

Porque en una discusión de actas (tarea en que pasaremos tranquilamente el tiempo hasta ver si se pierde la isla de Cuba) se probó que en un distrito hubo suabstia pública de votos, que llegaron á cotizarse á setenta y cinco duros, y que en algunos ayuntamientos la presidencia solemnemente el alcalde.

Y ¿á que no saben ustedes lo que dijo el individuo de la comisión encargado de defender el dictamen?

Pues lo siguiente:

«Recordad que el pobre labrador español que vive en la soledad de nuestros campos y de nuestras montañas, esperándolo todo del cielo y de la tierra, cuando á cambio de un derecho, cuyo valor desconoce, encuentra quien le dé una cantidad equivalente á muchos jornales fatigosamente ganados, es lógico que no vacile en venderlo.»

¿Es lógico que no vacile!

Lo chasco es que este párrafo lo aplaudió estrepitosamente la mayoría. De modo que cuando uno falsifique una letra ó venda el honor de su mujer ó de su hija ya sabe cómo puede disculparse:

«¿Qué quiere usted que hiciera? Vivía en Madrid, que está edificado en

la soledad del campo, lo esperaba todo del cielo y de la tierra, y como me daban de un golpe lo que me hubiera costado trabajo ganar, era lógico que me vacilara, etc., etc.»

Hace pocos días se publicó una conversación de Weyler, en la cual el capitán general de Cuba dijo á un *reporter* que «durante la estación de las lluvias continuaríamos á la ofensiva».

Y hé aquí el encabezamiento de un despacho que vió la luz al día siguiente:

«Ataque de los rebeldes á Jibacoa.—Ataque á Cabezas.—Ataque á la trocha.»

Como á lo mejor las palabras castellanas cambian de significado en América, no sabemos lo querrá decir allí «continuar á la ofensiva».

Puede que sea sinónimo de esperar á que ataquen los insurrectos.

\*

### CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*El gato blanco.*—¡Ay! ¡cuánto siento no poder aprovechar nada! *El mar mediterráneo.*—Pues ésa... tiene el inconveniente de ser particularísima. Porque no siendo á Soledad, ¿á quién puede importarle?

*Uno del montón.*—Si he de ser franco, le diré á usted lo mismo que al *Gato blanco*.

*Uno muy malo.*—Las tres cositas se pasan de inocentes.

*Gil Blas.*—Se ha hecho vulgarísima la idea. Porque eso de que el soldado raso se bate heroicamente y luego le dan el premio al general es una verdad lastimosa... que ya hemos hecho constar todos los copleros.

*Jehudá Levi.*—Juro por cuatrocientos dioses paganos que los cinco cantares son muy medianos.

Sr. D. A. T.—Muy triste. Y con una tristeza un poquito cursi, que es lo que á mí *me puede*, como dijo el otro.

NOTA.—Quedan más de cuarenta cartas sin contestación por falta absoluta de espacio. ¡Qué le vamos á hacer! Conste que en las demás no he encontrado nada publicable, y que me dispensen los interesados.

## CLÍNICA DEL DR. BERCERO

CALLE DEL OLIVAR, 1, Y MAGDALENA, 18  
SECCIÓN DE HERNIAS

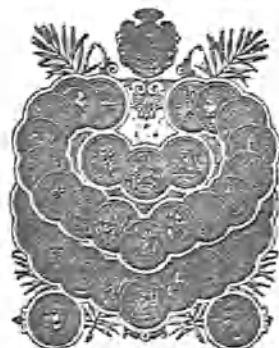
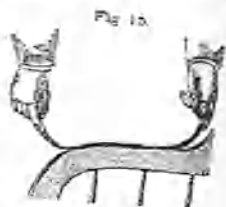
Estos grabados representan el modo de dar ó quitar fuerza á los muelles de los bragueros inalterables de goma dura de SEELE'YS, que oprimen á voluntad; ajustan con preci-



sión; no les ataca el calor, ni el frío, ni el sudor, ni el orín, ni el agua de mar. Alcanzan gran número de curaciones. Para mayores detalles, consultar con el doctor Bercero ó leer su libro

TRATAMIENTO DE LAS HERNIAS Y CONSEJOS Á LOS QUE LAS PADECEN.

Se remite por correo á los que envíen doce sellos de 15 céntimos.—Consulta, Olivar, 1, y Magdalena, 18, principal.—GRATIS LOS DOMINGOS.



## COGNACS

PUROS DE VINO GARANTIZADOS  
ELABORACIONES Y SOLERAS DESDE 1887

GRAN DESTILERIA VAPOR SISTEMA CHARENTAIS  
9 Grandes Medallas de Oro; 37 Medallas y Diplomas.  
BARCELÓ Y TORRES  
(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA  
Pídanse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

### CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

## COMPAÑÍA COLONIAL

### TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

### GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE  
MÁLAGA—BARCELONA

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50 año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

### PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Ombraey, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 desp.º